

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL TUPAMAROS (MLN-T): CONTEXTO Y UTOPIA

*Roberto Nahúm Tiempos Corona**

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) logró un lugar importante dentro de la política uruguaya y latinoamericana al constituirse en una organización político-militar durante los años sesenta y setenta del siglo pasado como respuesta a la crisis de representatividad del sistema político, la debacle económica y la creciente dependencia respecto a los centros hegemónicos.

Los tupamaros surgieron del efecto producido por la Revolución cubana con adaptaciones en lo ideológico y programático. El MLN-T también rescató tradiciones políticas y culturales muy uruguayas que le dieron heterogeneidad, pero con una fuerte identificación interna.

Con estas características buscaron intervenir en la política uruguaya dando mensajes al pueblo y a la policía, intentaron desnudar a la oligarquía para construir el futuro que deseaban para su país, procuraron que el programa de la organización fuera viable para bloquear el proyecto de acumulación y dominación existente que las clases altas y el imperialismo norteamericano habían

* Licenciado en Historia por la UNAM (rtc10m@hotmail.com).

desatado a su favor. Estos grupos hegemónicos quisieron introducir la idea de que la existencia de un camino diferente al marcado por el *status quo* no era posible.

LOS TUPAMAROS EN URUGUAY

El MLN-T fue formado por militantes de izquierda legal descreídos de la opción electoral a la luz de la Revolución cubana en conjunción con el movimiento de apoyo a la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) formada por el militante del Partido Socialista y fundador del MLN-T, Raúl Sendic.

Aún sin nombre, su primera aparición ante la opinión pública fue en 1962 con el asalto a un club de tiro, que guardaba rifles viejos, llamado Tiro Suizo; los integrantes del llamado Coordinador tuvieron, con ese hecho un secreto en común, una interdependencia de grupo, producto de la intención de hacer acción política distinta a la emprendida por los grupos de izquierda tradicional y simultáneamente apoyar la lucha cañera.

Los integrantes del recién formado Coordinador se percataron que no debían actuar en la organización sin haber cortado definitivamente con sus agrupaciones políticas de origen, así que poco a poco se fueron definiendo las líneas de compartimentación, secrecía y unión de grupo.

Después de varios choques con la policía que tuvieron como consecuencia sus primeros mártires, se optó por llamar al grupo con el nombre de Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros en honor a los combatientes afines a José Gervasio Artigas, pero fueron llamados tupamaros en forma despectiva por el ejército realista de la época colonial para denostar la causa del prócer uruguayo. En 1967 emitieron sus primeros documentos, pero aún en esta época no hubo enfrentamientos de consideración. Es el tiempo de las primeras acciones represivas del gobierno contra movimientos populares y sindicales.

Pasada esta etapa de complicaciones que dejó claro el reglamento y las bases para vivir en la clandestinidad manteniendo la discreción y la seguridad que ello implicó, el MLN-T a través del *Documento núm. 1* esclareció a su interior, y posteriormente al exterior con la divulgación pública, las premisas de la lógica de su lucha armada, como único dogma, para luego intentar involucrarse con el pueblo y fungir como su brazo armado, pero a su vez, el pueblo debía comprometerse con él.

Fue entre la población que el MLN-T reclutó a la mayoría de sus nuevos militantes que le darían un cariz diferente al de los fundadores, poco a poco se harían más flexibles las medidas para entrar en la organización. No había tanto tiempo para preparar a los nuevos militantes en lo técnico y en lo político debido a que los hechos se desenvolvían a gran velocidad, además no habían estado en la fase de preparación, en el “trabajo sordo” y nada espectacular de los primeros años.

El secuestro de Pereira Reverbel, conocido hombre de confianza del presidente Jorge Pacheco y considerado como un ideólogo del régimen, se dio en el contexto de las movilizaciones universitarias de 1968 en torno a las Medidas Prontas de Seguridad (MPS). A este raptó se le llamó Operación el Pajarito, Pereira Reverbel era una figura cercana al presidente y era conocido por su prepotencia dentro de la paraestatal telefónica que dirigía. La intencionalidad del acto se hizo con miras a que éste tendría una “amplia repercusión y favorable acogida popular”,¹ estaba encaminado a dejar en claro que la organización constituía una vanguardia del pueblo organizado pues hasta ese momento, el MLN-T más bien constituía una retaguardia.

De 1968 a 1970, el movimiento tupamaro siguió creciendo y se caracterizó por grandes acciones espectaculares donde se evidenciaron las desventajas que representaba el MLN-T fuera de Montevideo, primero en el asalto a la Financiera Monty, segui-

¹ *Actas Tupamaras*, Madrid, 1986, p. 82.

do del atraco al Casino San Rafael, este último, como principal muestra del accionar tupamaro donde se trató de desacreditar el movimiento especulador de los políticos uruguayos del momento, posteriormente en octubre de ese mismo año la toma del Pando, y después la toma a la Radio Sarandí durante un partido de fútbol.

El MLN-T pasa de la ofensiva a la defensiva después del secuestro y ejecución del agente estadounidense Dan Mitrione, a pesar de las pruebas de que Mitrione era un hábil torturador y asesor de la policía uruguaya, esta acción significó el primer gran golpe contra el prestigio tupamaro, debido a que fue capturada gran parte de la organización durante esos días.

Durante 1971 la organización concedió una tregua por las elecciones a las que el MLN-T se integró a favor de la coalición de izquierda Frente Amplio, y fue entonces que se formó el llamado Movimiento 26 de Marzo, que se adjudicó el secuestro del embajador de Gran Bretaña y el segundo secuestro a Pereyra Reverbel quienes fueron enclaustrados.

La organización sufrió la captura de muchos de sus integrantes recluidos en las cárceles desde donde organizaron fugas masivas y con esto el descrédito total hacía la policía; por consiguiente, el régimen que operaba bajo las MPS decidió sacar al ejército de sus cuarteles para combatir a los tupamaros.

En la mañana del 14 de abril de 1972, los tupamaros ejecutaron a varios integrantes de los escuadrones de la muerte, a medio día y en varios locales, ya ubicados y vigilados por el ejército, ocho tupamaros murieron sin poder defenderse. Durante el mes de abril la respuesta del MLN-T fue escasa y los locales del Frente Amplio fueron acosados, el asedio de las fuerzas de seguridad fue tan vehemente que llegó a los extremos de ejecutar a militantes del Partido Comunista que permanecían inermes dentro de un local el día 18 del mismo mes.

El MLN-T no respondió el fuego como planeó porque la nueva dirección tupamara acababa de tomar posesión y no supo cómo reaccionar ni cómo volver a pactar treguas convenientes ni resta-

blecer contactos entre células y la dirección política; en agosto de ese año a pesar de tener armas y dinero, la organización había sido herida de muerte. No obstante, hubo grandes esfuerzos por resistir hasta el año de 1973 y un intento de reagrupamiento a principios de 1974 en Argentina.

EL MARCO DE LA GUERRA FRÍA EN AMÉRICA LATINA

La aparición del poder hegemónico de Estados Unidos en el hemisferio occidental a partir del término de la Segunda Guerra Mundial condiciona el desarrollo de la historia de los pueblos en América Latina. Es en relación con ese poder hegemónico como la región se ve envuelta en la llamada Guerra Fría que, en términos generales, significó la pugna geoestratégica entre el Occidente capitalista con Estados Unidos a la cabeza y la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS).

Durante la posguerra Estados Unidos difundió en el mundo el peligro del enemigo comunista contra los valores occidentales. Ese rival, según la propaganda estadounidense, tenía fines de apoderarse del mundo extendiéndose con su ideología y con su sistema, además poseía armas nucleares, que implicaban una grave amenaza para el mundo.

En cada conflicto nacional o regional donde ambos bandos tuvieron intereses encontrados, el miedo al comunismo fue propagado en Occidente para justificar en la política interna los gastos y esfuerzos empleados en ponerle diques a la URSS y marginarla dentro de su zona de influencia.

Esta dinámica se hacía compleja en la periferia, donde los intereses de las naciones del llamado Tercer Mundo se contraponían contra los de alguna o ambas superpotencias. El reto principal del Tercer Mundo y de América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el desarrollo económico a través de

la industrialización, pero este objetivo fue obstaculizado ampliamente por la exportación del anticomunismo. En nombre de los valores occidentales fueron abortados múltiples proyectos que intentaron planificar un desarrollo económico para modernizar sus países, pues para ello tenían que afectar múltiples intereses oligárquicos y agroexportadores siempre ligados a los intereses estadounidenses, en la periferia; el comunismo era el “chivo expiatorio” perfecto para intervenir en pos de los recursos estratégicos de los países subdesarrollados.

La URSS no tenía la fuerza para extenderse orgánicamente en los movimientos del Tercer Mundo, e ideológicamente sólo los partidos de corte estalinista aportaban un poco de teoría a los movimientos; a pesar de la verborrea y cacería de brujas que significó el macartismo dentro de Estados Unidos. Con el paso de los años, la tesis soviética de una convivencia entre capitalismo y socialismo llamada coexistencia pacífica prevaleció.

En concordancia, a los partidos ligados a Moscú se les recomendó el juego electoral y el involucramiento en la política de alianzas con partidos progresistas que llevaran a cabo empresas modernizadoras; la vía violenta hacia la toma del poder y la Revolución quedaban descartadas para el occidente europeo. El miedo al comunismo no es una inquietud de los estrategas estadounidenses, sino más bien, una mentira que convenía expandir, pues les daba margen de maniobra y legitimidad a intervenir.

El término de la Segunda Guerra Mundial marcó un punto de inflexión en las relaciones de Estados Unidos con América Latina, ya que se intensificó su presencia modernizadora, pero a la par lesiva a los intereses de los pueblos.

Estados Unidos en su zona de influencia buscó extender y consolidar su poder por América Latina; a partir del tratado de Río de Janeiro en 1942 y el de Chapultepec de 1945, Estados Unidos intentó involucrar y atar a América Latina a los compromisos de seguridad que marcaba su agenda militar.

Este sistema interamericano de defensa se consolidó con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1948, con un fuerte rechazo anticomunista y dependencia de los ejércitos latinoamericanos del estadounidense, pues fomentaba la homogeneidad de ellos con la compra de armamentos, refacciones y suministros hechos por Estados Unidos.

Uruguay, como parte de la periferia, no escapó a la dependencia ni a la avanzada del capital norteamericano, ni mucho menos fue capaz de huir de las limitaciones que el desarrollismo impuso al devenir económico de la posguerra. Este país fue uno de los primeros en resentir el agotamiento del modelo de desarrollo.

Uruguay tuvo un rápido crecimiento de su economía y calidad de vida gracias a constantes históricas y a coyunturas internacionales que lo beneficiaron. La constante histórica que influyó en su alto desarrollo, en comparación con el resto de la región, radicó en el alto valor agregado de la carne: su principal producto tradicional, en consecuencia las coyunturas históricas europeas que significaron las dos guerras mundiales y la Guerra de Corea abrieron paso a mayores exportaciones y a mejor precio.

Con los excedentes de las exportaciones se financió el proyecto de industrialización basada en los productos tradicionales; al término de la Guerra de Corea, los precios y la demanda de carne disminuyeron sensiblemente y el Estado no tuvo recursos con los que sostener el proyecto, por lo cual, la burguesía uruguaya y los gobiernos posteriores mudaron, no sin frenos, hacia un modelo diferente y agresivo para la clase trabajadora.

El fracaso del desarrollismo² produjo en el sistema político la salida del Partido Colorado y una aversión a su legado y al batllis-

² El desarrollismo de la CEPAL encabezada por Raúl Prebisch se pronuncia a favor de un crecimiento económico por el único camino aparente, la industrialización para salir del subdesarrollo vía sustitución de importaciones, este subdesarrollo era caracterizado por economías agroexportadoras volcadas al monocultivo y debía industrializarse para así alcanzar el desarrollo de Estados Unidos o Europa Occidental sin advertir que el subdesarrollo y el desarrollo no pertenecen

mo que desde principios de siglo había diseñado la temprana industrialización uruguaya, además, el neobatllismo³ en el poder no pudo sostener el modelo de desarrollo y fue culpado de la debacle económica de 1955. Esto alimentó una crisis política, producto de una falta de representatividad y de constantes alianzas.

Se produjo un paso de la industrialización a la especulación financiera, los industriales burgueses pasaron de engrosar el grupo oligárquico que dio forma al nuevo modelo de acumulación de riqueza. Con estas condiciones, las élites internas y el capital extranjero pretendieron obtener una mayor tasa de ganancia que buscaron en la reducción de costos en la mano de obra e inversiones que fueran rápidamente redituables. Carlos Real de Azúa hizo hincapié en que “Si los justificativos son capaces de prestar objetividad al nivel de siempre más borroso de las motivaciones, vale la pena recordar que mantener el pleno funcionamiento del sistema económico ha parecido en esos años el valor cimero a perseguir”.⁴

La Revolución cubana ofreció una alternativa distinta a las resistencias ofrecidas por los movimientos populistas y partidos

a una línea histórica donde los países desarrollados hayan pasado por el subdesarrollo y luego brincado al club de los desarrollados; sino que el desarrollo y subdesarrollo son las caras de una misma moneda y de un mismo proceso histórico. Véase Theotonio Dos Santos, *Imperialismo y dependencia*, México, Era, 1978.

³ Entiéndase por batllismo al periodo del gobierno de José Batlle y Ordóñez y a otros gobiernos posteriores afines a su proyecto, el cual se caracterizó por tener pretensiones industrialistas y proteccionistas, legislaciones de “avanzada” en materia de seguridad social y laboral teniendo una postura firme frente al imperialismo inglés. No obstante, en ningún momento lesionó los intereses agrícolas exportadores que financiaban el proyecto industrial vía impuestos. El batllismo generó, sin proponérselo, el imaginario de la excepcionalidad uruguaya respecto al resto de la región, esto llegó al grado de que el uruguayo “de a pie” creía que su país era una nación europea incrustada en América, esto alimentado por los buenos niveles de vida a principios de siglo XX. El neobatllismo surgió con el gobierno de Luis Batlle Berres durante la década de los cincuenta, su gobierno terminó con una gran crisis económica, el fin del Estado benefactor y el proyecto industrializador.

⁴ Carlos Real de Azúa, *Uruguay hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 188.

comunistas, estos últimos eran controlados ideológicamente por Moscú, incluso demarcó su agenda y sus posiciones políticas hacia los gobiernos de los países simpatizantes.

Esas resistencias basadas en un marxismo con tonos distintos, más políticos y con brisas más latinoamericanas fueron vistas como un peligro real por las élites latinoamericanas y por Estados Unidos, que usaba el autoritarismo y la contrainsurgencia para preservar su proyecto de acumulación cuyo ingrediente principal era la dependencia.

LA INFLUENCIA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

En esta dinámica de dependencia, dominación e intromisión en asuntos internos por parte de Estados Unidos, la Revolución cubana respondió de forma que la izquierda latinoamericana establecida dentro de los populismos⁵ y partidos comunistas no dio visos de aportar. Asimismo, Cuba, su revolución y las simpatías

⁵ El capital transnacional se retiró dejando vacilantes las posiciones de la oligarquía agroexportadora. No sin antes experimentar ciertas convulsiones políticas, se inició un proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) amparado por regímenes con características populistas que definimos como “Al tipo de régimen o de movimiento político que expresa una coincidencia inestable de intereses de sectores y elementos subordinados de las clases dominantes y de las fracciones emergentes, sobre todo urbanas, de las clases populares.” Véase Carlos Vilas [comp.], *La democratización fundamental, el populismo en América Latina*, México, Conaculta, 1995, p. 11.

Para algunos, el populismo más acabado es una modernidad singular a la latinoamericana, pues conjuntó racionalización encarnando un plan económico y una lógica de acumulación con subjetivación personificada por manifestaciones colectivas de masas sociales, sectores nacionales y populares. “Reconociendo la existencia de préstamos e imbricaciones entre ambos —como el par constitutivo de esa forma peculiar de modernidad que representó la matriz popular latinoamericana.” Véase Lisandro Gallucci, “De la era de la revolución al imperio de la identidad: interpretando la modernidad en América Latina”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 17, núm. 34, julio-diciembre de 2009, p. 155.

que levantaba en intelectuales y masas, urgía a los grupos establecidos (comunistas y populistas) a definir su actitud política que en términos generales se dividió en dos vertientes: la vía electoral, por un lado y, por el otro, la del camino de la lucha armada.

La Revolución cubana es el aliento y, para algunos, el método de lucha contra la dependencia, el subdesarrollo y el imperialismo. Esta Revolución había enseñado que es posible crear otro camino distinto al impuesto por la dinámica de la posguerra y las necesidades de Estados Unidos y las oligarquías coaligadas a él.

En cuanto al andamiaje programático e ideológico, Cuba barrió con lo que había, o al menos lo mandó a la retaguardia por el surgimiento de la heterodoxia marxista que dejaba de lado la idea del proletariado como la única clase revolucionaria; esto dio luz a un marxismo politizante y no etapista que creyó encontrar en la lucha armada las respuestas programáticas y que el marxismo-leninismo ayudaría a consolidar los logros de las revoluciones y a organizarlas.

El apoyo de Cuba no sólo fue verbal, sino que desplegó armas, dinero, asesores y voluntarios para llevar la Revolución al resto de la región, sus potentes y recién creados aparatos de prensa cultural apoyaron los movimientos. El ejemplo de las tesis foquistas de que un grupo de decenas de hombres valientes prenderían un foco militar en el campo para librar una guerra de guerrillas y con ello la luz de la concientización para tomar el poder y las riendas del Estado fracasaron una y otra vez. Los grupos armados que trataron de prender la mecha de la Revolución fueron desactivados, la mayoría, mucho antes de arraigarse dentro de la población campesina y ser la vanguardia de la lucha del pueblo.

En Uruguay, la situación fue distinta; la gran concentración de la población en Montevideo, la falta de condiciones geográficas que hicieran de un territorio un sitio inexpugnable y la falta de campesinos en el sector ganadero, el cual, tradicionalmente ocupa poca mano de obra, no aportaban ninguna esperanza a la instalación del foco guerrillero en los inexistentes territorios inexpugnables.

La vía democrático-electoral e institucional parecía vedada por los partidos tradicionales para maniobrar una causa popular y alternativa; sumado a esto, la vieja izquierda no ofrecía un mejor escenario. Lo anterior evidencia que Uruguay fue un caso especial dentro de las revoluciones armadas de América Latina. Su principal movimiento armado, el MLN-T, alcanzó niveles de propaganda y efectividad, peso político e incidencia como pocos movimientos armados dentro y fuera del país.

La influencia de la Revolución cubana y de las ideas de la izquierda en América Latina dieron aliento y aportaron elementos a los revolucionarios uruguayos para intentar tomar el poder y dar marcha atrás al modelo oligárquico dependiente del desarrollo que vivía su país. Las ideas, la justificación política y moral de que la lucha armada fuera viable fueron agentes eficaces para llevar a los tupamaros a pelear contra el gobierno.

No obstante, las interpretaciones aceleradas de la Revolución cubana, que derivaron en un exacerbado militarismo, no son tan latinoamericanas como se pudiera pensar; algunas fuentes utilizadas ponen al foquismo y a la guerrilla rural como un factor esencial del triunfo de la Revolución cubana, pero dichas explicaciones toman poco en cuenta el escenario político y económico de Cuba de forma más integral e histórica, olvidando el peso de las ideas de Martí sin pasar por el tipo de relaciones de producción que supone la zafra azucarera y la radicalización de la Revolución ya en el gobierno.

EL MLN-T, SU PROYECTO

Se concibe al MLN-T como una alternativa de sujeto político, proyecto histórico y utópico al proyecto dominante, el cual emitió un discurso histórico lineal; en esta narrativa se emitieron valores y se impusieron disyuntivas, con las cuales sería posible la cristalización de su proyecto. Dentro del enfrentamiento Gobierno-MLN-T

el *statu quo* impuso el de orden-subversión; los tupamaros, con su discurso intentaron anteponer el dilema de oligarquía e imperia- lismo, por un lado, contra liberación, por el otro. Ambos proyectos antagónicos luchan por tener en cuenta que “en verdad, la idea de futuro implica la idea de opciones que a su vez supone la existencia de voluntad que reconocen cierta capacidad para reaccionar, en el sentido de sus intereses y expectativas”.⁶

El primero contaba con la fuerza del Estado y el apoyo de Estados Unidos; el segundo, el tupamaro, sólo con una fuerza clandestina que ellos mismos habían sobrevalorado, sin advertir que la fuerza real del MLN-T no residía en la capacidad de fuego, sino en ser un doble poder capaz de cuestionar el orden de las cosas. “Es por ello que el poder es la posibilidad de que la utopía del actor (su índole particular desarrollada en plenitud) se convierta en un modelo de sociedad mediante una dirección o su desenvolvimiento congruente con la máxima potencialidad del actor particular.”⁷ Es así como una fuerza política intenta someter a la otra para poder desarrollar al máximo su potencialidad.

Los tupamaros emitieron sus acciones políticas dentro de una definición de utopía, entendida en este análisis, desde dos acepciones. La primera, la utopía como un ideal deseado, es decir, como la liberación y el fin del imperialismo en América Latina y que ésta sea capaz de decidir por cuenta propia su futuro. La segunda acepción funciona como una idea regulativa; a partir de ese ideal deseado y sus necesidades (liberación en este caso) los que tratan de impulsar el proyecto utópico exponen valores adscritos, normas morales y en términos generales, formas de pensar, las cuales no sólo chocan, sino que surgen en contraposición con los valores morales y formas de pensar que son impuestas por el proyecto dominante, el cual, normalmente es ajeno a los intereses internos.

⁶ Hugo Zemelman, *De la historia a la política*, México, Siglo XXI, 2001, p. 190.

⁷ *Ibid.*, p. 35.

Al retomar el caso del secuestro de Ulises Pereyra Reverbel, los tupamaros en *Actas tupamaras* contrastan sus valores y jerarquizaciones con los de la cúpula gobernante, los tupamaros toman como modelo al gobierno cubano, mientras que la cúpula uruguaya al de Paraguay de Stroessner. El secuestrado pidió escuchar *La Segunda Declaración de La Habana*. Al término del audio, el funcionario reaccionó vociferando “¡Cínico, cínico, cínico!, repite aludiendo a Fidel Castro” sobre Paraguay, el detenido dice: “¡Con qué realismo político se gobierna! Un ejemplo: en lugar de combatir el contrabando se le ha convertido en algo útil para el erario aplicándole un impuesto” y no contento con insistir en el “realismo político” “¡y los perfumes!, ¡y las galletitas!, ¡ah, qué delicia las galletitas europeas que se consiguen en el Paraguay!”.⁸

El MLN-T aunque nunca dio a conocer plan alguno de gobierno, salvo de discusión interna y educación política. Sí podemos afirmar la renuencia a acatar los planes del agio internacional y el papel de Estados Unidos, sin embargo de un texto incautado podemos ver, a grandes rasgos, el socialismo en su programa, tal es el caso de un documento emitido en 1971, en el que se exhiben nuevos valores transformativos en el ejercicio de gobierno para su país. Este plan se distingue por su contenido antiimperialista, industrialista y centralizado por el Estado. “Las grandes industrias, comercios y bancos en poder total o parcial del capital extranjero serán expropiados sin indemnización”.⁹ Y aunque breve, intenta tocar numerosos rubros de la vida política como reforma agraria, reforma urbana, salud pública y justicia.

La esperanza de una concientización para la revolución es parte de una de las funciones de la utopía, así como la esperanza de ver la luz en el tobogán donde el orden establecido sumerge a la

⁸ *Actas tupamaras*, pp. 95-97.

⁹ Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, “Programa de gobierno del MLN”, en Ángel Gutiérrez, *Los tupamaros de la década de los sesenta*, México, Ex-temporáneos, 1978, p. 147.

resistencia contra la hegemonía; por ello la confianza en que, finalmente, el ejército llevaría a cabo el programa popular sin considerar que “La idea de una sociedad futura regula la selección de los datos considerados relevantes del presente. De allí la fuerza crítica y reconstructora de la función utópica, y de romper con su presente y su porvenir.”¹⁰ Es decir, los tupamaros no consideraron que esa fuerza crítica y reconstructora sólo estaba en ellos, mas no en los militares que hábilmente usaron ciertas partes del discurso tupamaro y que sirvió para confundir a la población en meses clave de 1973.

El intento por romper el tiempo lineal de los proyectos hegemónicos combinado con el hecho de que los tupamaros concebían que “El devenir histórico puede pensarse como mera reiteración o como mera temporalidad lineal, abierta a la emergencia de lo distinto”¹¹ dio pie a la ecuación que dentro del tiempo del proyecto hegemónico todo era continuidad sin rupturas; las coyunturas, según las concepciones tupamaras las provocaría el MLN-T con sus acciones, pero fallaron al no darle movimiento propio al sujeto político rival, capaz de producir coyunturas dentro del bloque conservador.

Los análisis tupamaros pensaban una sociedad congelada en 1964, sin tomar en cuenta que durante varios años, el ejército preparó una guerra con el MLN-T sin librarla. El no tomar en cuenta al sujeto rival (el ejército) hizo que la respuesta de éste fuera sorprendente y paralizante, pues al que llamaban ejército más débil de América Latina fue pensado y analizado en las coyunturas de 1971-1973 con las fuentes, datos, contextos y presupuestos teóricos de 1965.

¹⁰ María del Rayo Ramírez Fierro, *Utopología de Nuestra América*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2012, p. 105.

¹¹ *Ibid.*, p. 104.

CONCLUSIONES

El presente análisis supone que la actuación de una superpotencia es más fuerte en la medida en que las élites locales hagan suyos sus intereses, sus valores y participen, aunque sea de forma mínima, de las ganancias extraídas de los países periféricos. No tanto por coacción, sino por cooptación y convencimiento que bien puede incluir una buena dosis de amedrentamiento.

Por ende, los intereses foráneos y oligárquicos se defienden por la represión y lejos de los canales que la democracia liberal expone. Los actores, operadores del proyecto histórico de la oligarquía, están dispuestos a sacrificar las formas de la democracia liberal en pos de su modelo de acumulación.

Dentro de los sectores opositores al régimen existió una facción que creyó encontrar en las armas la respuesta a la represión. Es así como el MLN-T se conformó en un escenario de crisis y violencia política generaldo, por un lado, por los sectores de la oligarquía y, por otro, por sus opositores provenientes de varias raíces políticas internas y sensibles al contexto latinoamericano, que a su vez se dividían en sectores que combatían el proyecto oligárquico y estadounidense sin armas, en unos casos, o con armas en otro momento.

El hecho de derrocar a un régimen conocido por su nivel de represión y corrupción, manteniendo sus objetivos claros, al punto de lograr la victoria y resistir los ataques desde diversas trincheras, casi hasta la inmólación, le dio a Cuba y a su dirección autoridad moral y política para la consecución del compromiso real de liberación de las garras del imperialismo norteamericano en América Latina.

Asimismo, la Revolución cubana le quitó la armadura teleológica y economicista al marxismo, que parecía haberse quedado en el siglo XIX, para dar importancia a la lucha política, que al integrar esta doctrina con su tradición nacional política y martiana, convirtió al pueblo cubano en general en la clase revolucionaria.

El gobierno buscó convencer a su gente de que la historia podía ser construida por los pueblos.

Así el MLN-T se alimentó de la tradición uruguaya cercana al tercerismo,¹² de militantes que conocían a grandes rasgos el proceso de la Revolución cubana. La praxis política que ambas corrientes alcanzaban junto a sus semejanzas ideológicas logró la convergencia de un proyecto antiimperialista de defensa en los intereses nacionales y simpatías hacia los grupos revolucionarios de la región, esto bastó para formar un sujeto político que tenía los fines y valores contrarios al sujeto dominante.

Para dar consistencia a la tradición nacional, el MLN-T intentó acelerar la apropiación de la imagen de José Gervasio Artigas, cuya esencia rebelde y antiimperialista le daría continuidad a la lucha del pueblo uruguayo por construir su destino. Esta situación

¹² El pensamiento tercerista en Uruguay provino de diferentes tradiciones que confluyeron en la necesidad de hacer planteamientos y posturas en torno a lo que pasaba en el exterior; con una posición crítica que se distanciara del comunismo, pero que también criticara el orden propuesto por Occidente. “Aldo Solari sintetizó el contenido básico del tercerismo en cinco puntos: libertad de espíritu, antiimperialismo, nacionalismo, democratismo y antiyankismo, pero, por sobre todos ellos, el tercerismo se caracteriza por la búsqueda de poderes externos”. El tercerismo resultó una convergencia de ideas en común, una corriente, más que una organización política. Con la llegada de la Revolución cubana, dentro del tercerismo hubo quienes afirmaban que se debía defender la Revolución y avanzar hacia el socialismo dentro de las maneras liberales. Este grupo debió pasar por un proceso de maduración en varias aglomeraciones políticas a lo largo de la década de los sesenta hasta fundar el Frente Amplio. Otras posturas señalaban que por medio de la lucha armada se podía avanzar a la revolución socialista. La primera corriente del tercerismo apoyó sin dudas a la Revolución cubana, la segunda, no sólo defendió a Cuba sino que la tomó como modelo y pasó a formar grupos armados como el MLN-T. El Tercerismo junto con Cuba y la figura de Artigas ayuda a situar a Uruguay dentro de la periferia. Véase José Pedro Cabrera Cabral, “El pensamiento nacionalista en la izquierda uruguaya (1950-1970)”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, vol. 24, núm. 133, julio-septiembre de 2010, pp. 75-87.

de rescatar la tradición nacional y presentar una figura insurrecta al *status quo* fue semejante al caso cubano con José Martí.

El MLN-T fue la oposición que buscaba dejar de ser víctima de ese proyecto oligárquico para luchar contra él, en esencia “El objetivo de los sujetos sociales o actores históricos es hacer de su utopía historia”.¹³

El surgimiento de grupos como el MLN-T debe ser visto como el grito de oposición de la periferia a la absorción de proyectos que no fueron consultados y que formarán parte como entes sacrificables o de repuesto de la acumulación de los centros económicos mundiales.

BIBLIOGRAFÍA

Actas tupamaras, Madrid, 1986.

Dos Santos, Theotonio, *Imperialismo y dependencia*, México, Era, 1978.

Gutiérrez, Ángel, *Los tupamaros de la década de los sesenta*, México, Extemporáneos, 1978.

Ramírez Fierro, María del Rayo, *Utopología de Nuestra América*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2012.

Vilas, Carlos, *La democratización fundamental, el populismo en América Latina*, México, Conaculta, 1995.

Zemelman, Hugo, *De la historia a la política*, México, Siglo XXI, 2001.

Fuentes hemerográficas

Cabrera, Cabral, “El pensamiento nacionalista en la izquierda uruguaya (1950-1970)”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, vol. 24, núm. 133, julio-septiembre de 2010.

¹³ Zemelman, *op. cit.*, p. 35.

Gallucci, Lisandro, “De la era de la revolución al imperio de la identidad: interpretando la modernidad en América Latina”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 17, núm. 3, julio-diciembre de 2009.